

plicar la sed que tenia de salvar á los hombres! ¡Con qué imágenes tan tiernas y atractivas quiso poner á nuestra vista toda la intensidad de su amor! La parábola de la dracma le sirve como para pintar lo mucho que valemos á sus divinos ojos, pues que versa sobre una moneda perdida: la parábola del Buen Pastor muestra su solicitud por buscarnos, encontrarnos y volvernos por sí mismo á su gracia: la parábola del Hijo pródigo parece tender á manifestar que somos la vida de su vida, y una especie de necesidad para su amor. La primera manifiesta los estímulos que su entendimiento pone á su clemencia infinita: la segunda la actividad inefable de esta misma clemencia, que no satisface con su disposición para perdonar, se adelanta, digámoslo así, hasta el extremo de perseguirnos con la gracia y obligarnos en cierto modo á recibirla: la tercera pone de bulto la generosidad sublime de su misericordia; pues todo lo olvida en materia de pecado, para consagrarse á los dulces placeres de la conversión del pecador. En estas bellas imágenes parece reflejarse todo el carácter de Jesucristo: dulzura, benevolencia, amor; y este carácter, que sostuvo siempre inalterable y realzaba de continuo con tantos prodigios de bondad y misericordia, le acompañó, bien lo sabéis, hasta los últimos instantes de su vida. Abre sus labios por la última vez ántes de espirar, y es para santificar con el suyo el desamparo de sus hijos, manifestar su sed insaciable de nuestra conversión y felicidad, dar á nuestras esperanzas las bellas primicias de su sacrificio franqueando las puertas del Paraíso á un ladrón arrepentido, dejarnos en herencia bajo la representación del discípulo amado á su tierna y querida Madre, y clamar á su Padre por un perdón general para todos sus enemigos.

30. Seria necesario, hijos míos, no acabar nunca, si quisiese repasar con la mente y el corazón la historia divina del Salvador del mundo. ¿Quién es capaz de sondear siquiera uno solo de los numerosos pasajes que contiene? Si se trata de su doctrina, podría señalarlos yo la ilustre galería de los ingenios que ha fecundado ella, los monumentos de la ciencia cristiana colocados en las bibliotecas del mundo, los diez y ocho siglos de la civilización moderna, lo que hai de mas noble entre los caracteres sociales, de mas firme en las instituciones políticas, de mas sabio en las legislaciones de los pueblos; y deciros: ¡véis! todo eso es apenas un débil rayo de aquel esplendor infinito. Si se trata de los caracteres con que se presenta en el mundo, él es el camino, la verdad y la vida; la sabiduría, el poder y la felicidad; el modelo y generador de la virtud; el Autor, el tipo y dispensador de la santidad; el fundamento de la esperanza y la realidad de la gloria. Todo el heroísmo cristiano; todas esas virtudes eminentes que ilustran los fastos de la Iglesia; todas esas revoluciones inmensas que sacando á los pueblos de la barbarie, les han colocado en las cumbres de la prosperidad social; esos grandes caracteres morales que humillan todas las virtudes del gentilismo, atraen la admiración, fecundan la virtud é inspiran al genio, son delgadísimas venas desprendidas de aquella fuente donde está lo infinito en todas líneas. ¿Qué mas os diré? Nada, hijos míos, sino presentaros la Cruz y mostraros el cielo. Entre ambas cosas no média una línea; estrecharse con la Cruz es vivir con Jesucristo; morir en sus brazos es penetrar infaliblemente á la dichosa vida de la ciudad eterna.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

VIGESIMASETIMA INSTRUCCION.

SOBRE LA INSTITUCION DEL SANTISIMO SACRAMENTO DE LA EUCARISTIA.

Ecco ego vobiscum cum omnibus diebus, usque ad consummationem seculi.

Estad ciertos que yo estaré continuamente con vosotros hasta la consumación de los siglos.

Math. Cap. XXVIII, v. 20.

1 **H**ABEIS visto, hijos míos, en mi precedente instrucción cómo Jesucristo Señor nuestro, que pasó los treinta primeros años de su vida en el retiro doméstico y sujeto á Maria y á José como el mas obediente de todos los hijos, dedicó los tres últimos, después de un ayuno riguroso de cuarenta días y cuarenta noches en el desierto y de haber vencido la tentación, á predicar su doctrina, enseñar su Lei, manifestar su poder con los milagros y poner á la vista su carácter verdaderamente divino. Le habéis visto en toda su carrera dar testimonio á la verdad, obsequio pleno á la justicia, nobles estímulos y modelos acabados á todas las virtudes. Le habéis visto en su tierna solicitud para con los desgraciados y pecadores, consolando á los primeros y perdonando á los segundos. Podia su Majestad haber quedado satisfecho con esto; pero aquel fuego de caridad que devoraba su alma, le traía constantemente ocupado en dar á sus hijos nuevas y mas brillantes pruebas de su amor. Llegó por fin el tiempo en que debió dar principio á su Pasión dolorosa; pero no quiso dar el primer paso en esta carrera de oprobio, de ignominia y de sangre, sin haber celebrado con sus discípulos aquella fiesta memorable de la última Cena, donde su amor le inspiró tales discursos y le condujo á manifestaciones de tal carácter, que abisman y confunden á la razon humana, y parecen

vencer con el sentimiento toda la capacidad del corazón. El Evangelista nos prepara para escuchar la tierna y sublime historia de lo que pasó en aquella noche misteriosa, con unas palabras de insondable sentido para toda la humanidad. Sabiendo Jesús, dice, que era llegada la hora de su tránsito de este mundo al Padre, como hubiese amado á los suyos, que vivían en el mundo, los amó hasta el fin." Cuenta en seguida cómo el Hombre Dios, acabada la Cena, se abatió á los pies de sus discípulos, lavándoles y limpiándoles por sí mismo, para que la virtud santa de la humildad erigida sobre tan profundo cimiento, se levantase hasta la grande altura que necesitaba para ser vista y admirada, é imitada de todos los hombres, y desafiar todo el poder de los siglos. Procede luego á referir aquellos coloquios dulcísimos que tuvo con sus discípulos, á fin de manifestarles con los afectos mas vivos el testamento de su amor, aquellas últimas instrucciones con que quiso prepararles para que diesen testimonio de su gloria, enseñando en su nombre y con su autoridad divina el Evangelio á todas las naciones.

2. En lo mas empeñado de esta escena, única, por cierto, en la historia de los sentimientos, sorprende á sus discípulos con la revelacion, institucion y distribucion del gran misterio de su Cuerpo y de su Sangre. El evangelista San Matéo refiere esta institucion en los términos siguientes. "Mientras estaban cenando tomó Jesús el Pan, y le bendijo, y partió, y diósele á sus discípulos, diciendo: Tomad y comed: este es mi Cuerpo. Y tomando el cáliz, dió gracias y dióseles, diciendo: Bebed todos de él. Porque esta es mi Sangre del Nuevo Testamento, la cual será derramada por muchos para remision de los pecados." El evangelista San Lúcas añade que Jesucristo, despues de las palabras de la consagracion de su Cuerpo, dijo á sus discípulos: "Haced esto en memoria mia." He aquí la institucion de la Sagrada Eucaristía, de este misterio infinito de sabiduría, de poder y de amor, que admiramos y veneramos con el arrobamiento de la fe, y buscamos con los estímulos de la esperanza y los impulsos del amor en el altar del Santuario. Bajo los velos eucarísticos creemos, con mas fuerza que lo que vemos con nuestros propios ojos, que allí está real y verdaderamente el Hombre-Dios, el Mesías que vino al mundo, el Autor de la doctrina que profesamos, de los sacramentos que recibimos, el Supremo Juez de vivos y muertos, el Sumo Dispensador de la gloria. Si por una parte creemos que cuarenta dias despues de su Resurreccion subió á los cielos y está sentado allí á la diestra de su Padre, y desde allí ha de venir el dia del juicio á juzgar á los vivos y á los muertos; por otra parte confesamos, con toda la Iglesia católica y con toda la fuerza de nuestra fe, que se quedó sacramentado en la tierra; y por tanto no tenemos inconveniente ninguno en referir á tan angusto dogma estas palabras mismas con que Jesús aseguró la infalibilidad de su Iglesia en el acto de comunicar á sus apóstoles el poder sublime de evangelizar al mundo. "Estad ciertos que yo mismo estaré continuamente con vosotros hasta la consumacion de los siglos: *Eccce ego vobiscum sum omnibus diebus, usque ad consummationem seculi.*

3. Nada, pues, hijos míos, mas conveniente que prevenirnos con la explicacion de este dogma santísimo, que renueva millares de veces todos los dias en el Universo entero la memoria del Sacrificio del Calvario, para que escuchéis con mas inteligencia y mayor fruto la que deba daros en seguida sobre la Pasion y Muerta del Redentor. Voi

pues, á tratar aquí del misterio de la Eucaristía como un dogma católico, dándoos al propósito las instrucciones competentes.

4. Con diversos nombres es mencionado en el idioma de la fe y de la piedad católica este adorable Sacramento. Se le llama *Eucaristía*, palabra que quiere decir accion de gracias, ya porque contiene al mismo Autor de la gracia, que es Jesucristo Señor nuestro, ya porque, ofreciéndole al Eterno Padre, le damos así por sus beneficios infinitos unas gracias dignísimas y del todo correspondientes. Llámasele tambien *Comunion*, que quiere decir union acordada de muchos; porque todos participamos de ella, uniéndonos de esta suerte con el mismo Jesucristo en fuerza de esta participacion divina, y componiendo todos con él un solo cuerpo. Llámase tambien *Viduo*, por ser el alimento que sostiene nuestra vida espiritual en la tierra, y el que nos provee de fuerza, cuando salimos de esta vida, para entrar en el camino de la eternidad. Llámase tambien *Santísimo Sacramento*, porque es un verdadero sacramento, y el mas santo de todos; pues mientras éstos nos comunican la gracia únicamente, aquel nos da en posesion por via de alimento al mismo Autor de la gracia, que en él se contiene. Llámasele tambien *Sacramento del altar*, porque es consagrado en el altar por el sacerdote, constituye la esencia de la Misa, que él celebra, y tiene por habitacion y morada fija en la tierra el altar del Santuario.

5. Mas estas varias denominaciones, limitadas á expresar los diferentes puntos de vista bajo que podemos considerar tan alto Sacramento, no alteran en lo mas mínimo su carácter y su fondo. Bástame pues á mi propósito anticiparos su significado para vuestra inteligencia, y proceder á mi asunto en los términos mas propios para vuestro mayor aprovechamiento. La Sagrada Eucaristía es un misterio, en el cual, como en todos, hai un fondo impenetrable para la luz de la razon, y al mismo tiempo cierta claridad extrínseca muy suficiente para apoyar nuestra fe. En cuanto al objeto de su institucion, es al mismo tiempo un sacrificio y un sacramento: pues con él se renueva todos los dias en la Misa de un modo inruento el Sacrificio del Calvario, y son alimentados los fieles con un pan de vida eterna. No le consideraré aquí principalmente, sin embargo de lo dicho, sino solo como uno de los misterios de nuestra santa Fe católica, cuya explicacion es el objeto de la primera parte de la doctrina, reservando para su debido tiempo el daros explicaciones directas acerca del Sacrificio de la Misa y Sacramento de la Comunion. Considerada la Santa Eucaristía como un misterio, tiene dos cosas que corren á cargo de los pastores: una inteligencia doctrinal que ilustra nuestra fe, y una demostracion católica que la robustece y asegura. Atendiendo, pues, á todo en la instruccion presente, amados hijos, comenzaré por haceros una explicacion clara y sencilla del misterio, y tal será el objeto de la primera parte de esta instruccion; y pasaré de aquí á indicaros algunas de las principales pruebas cuyo conjunto constituye la demostracion católica de este sagrado misterio.

I.

6. La guia mas acomodada para vosotros, que al propósito pudiera yo escoger, es indudablemente el texto de nuestro manual catecismo. Preguntando éste: "¿Quién está

“en el Santísimo Sacramento!” responde: “Jesucristo nuestro Señor en cuerpo y alma gloriosa, así como está en el cielo, tanto está en la hostia, como en el cáliz y en cualquiera partícula.” Estas palabras textuales constituyen el fondo de tan santo misterio, que es la Presencia real del mismo Jesucristo en persona en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía. Mas como lo que ven allí los sentidos, después de pronunciadas las palabras misteriosas, es lo mismo que ántes habían visto, pues éstas no han cambiado ninguna de las apariencias, nuestro sabio catequista, después de haber inculcado el dogma sacrosanto de la Presencia real de Jesucristo Señor nuestro en la Eucaristía, procede á instruirnos en la doctrina católica sobre lo que hemos de pensar y sentir de aquellas especies materiales, que ven los ojos, oyen los oídos, percibe el olfato, tocan las manos y gusta el paladar. “¿Queda pan en la hostia, pregunta, y vino en el cáliz después de haber dicho el sacerdote las palabras de la consagración?” y en seguida responde: “No: porque por virtud de las palabras que el sacerdote dice en persona de Cristo, el pan se convierte en el Cuerpo y el vino en la Sangre de nuestro Señor Jesucristo.” En estas dos respuestas se nos enseñan tres cosas, que encierran todo el cuerpo de tan santa doctrina: primera, la Presencia real de nuestro Señor Jesucristo en la Eucaristía; segunda, por qué virtud y de qué modo se verifica el grandísimo portento que aquí veneramos, y el carácter propio de este Sacramento adorable; tercera, el permanente milagro de las apariencias ó accidentes sin la sustancia misma, cosa única en su género y especie, pues no ha existido ni existe mas que en la Sagrada Eucaristía. Finalmente, para completar nuestro catecismo su instrucción doctrinal acerca de este misterio, considerado en sí mismo, concluye con explicar el significado místico de tan augusto Sacramento, esto es: lo que, según la mente de su Divino Autor, había de significar. Abrese paso á la explicación dicha con la siguiente pregunta: “Pues si este es el misterio inefable, que por ministerio de solo los sacerdotes se celebra en la Misa, ¿qué debemos considerar!” A lo cual responde: “Que es una memoria y representación verdadera de la vida, Pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo;” por lo cual se llama la Misa juntamente sacrificio, en razón de que, añade, “se ofrece al mismo Señor por los vivos y los muertos;” de donde infiere muy rectamente “que se debe asistir á la Misa con mucha atención y reverencia.” Veamos pues algo mas explanada esta doctrina, deteniéndonos más en los tres primeros puntos, por ser ellos, como he dicho, lo que principalmente me propongo explicarlos.

7. Lo primero pues, amados hijos, que la fe nos enseña sobre tan adorable Sacramento, y nosotros debemos creer, mas que si lo viésemos con nuestros ojos y palpásemos con nuestras manos, es que en él está real y verdaderamente contenido el Cuerpo, la Sangre, el Alma y la Divinidad de Jesucristo Señor nuestro bajo las especies del pan y del vino. Tan luego como el sacerdote, tomando el pan en sus manos, pronuncia estas palabras mismas que pronunció el Salvador en la noche de la Cena tomando el pan en sus manos: “Esto es mi Cuerpo,” ya no hai pan, sino solamente sus especies ó apariencias; pues lo que hai es el Cuerpo vivo de Jesucristo Señor nuestro, y en consecuencia cuanto Jesucristo es. Desde que el sacerdote, tomando en sus manos el cáliz con vino, pronuncia estas palabras: “Esta es mi sangre que está en este

cáliz, &c.,” ya no hai vino allí, sino solo apariencias de vino; pues lo que hai es, la Sangre de nuestro Señor Jesucristo, y por consiguiente, su Cuerpo, Alma y Divinidad. Síguese de aquí que bajo las apariencias de pan está todo Jesucristo en la Hostia: bajo las apariencias de vino está todo Jesucristo en el Cáliz: de manera que, después de la consagración, no hai mas ni ménos en la Hostia que en el Cáliz, ni cosa diversa, sino nuestro Señor Jesucristo real y verdaderamente. El que comulga pues, bajo la especie de pan, recibe á todo Jesucristo: el que comulga bajo la de vino, recibe á todo Jesucristo: el que comulga bajo ambas, como el sacerdote al celebrar la Misa, recibe á todo y solo Jesucristo. En consecuencia, ni el que comulga bajo las dos especies recibe sustancialmente mas que el que comulga bajo solo una, ni el que comulga con una sola especie recibe sustancialmente ménos que el que comulga con las dos.

8. ¿Por qué pues, me diréis, quiso Jesucristo Señor nuestro instituir tan adorable Sacramento bajo dos especies, y no solo bajo una? Los teólogos asignan, entre otras, dos razones muy principales. ¿Cuál es la primera? Significar su sacrificio cruento; pues que no solo padeció en su cuerpo y alma, sino que derramó su sangre por la salud del mundo. De esta suerte, todos los misterios de su vida, pasión y muerte quedan aquí plenamente representados. Lo primero que vemos es el Cuerpo de Cristo; conviene á saber: á Jesucristo en cuerpo, á Jesucristo Dios y Hombre verdadero, á Jesucristo como estuvo en las purísimas entrañas de María ántes de nacer, como estuvo en el establo de Bethlehem cuando nació y durante el tiempo de su vida mortal, como está en el cielo, glorioso á la diestra de su Padre. Después, cuando en fuerza de las palabras el vino se convierte en su sangre, nos da á entender que esta Sangre fué derramada por la salud del mundo, nos representa su Pasión y su Muerte. La segunda razón es esta: como tan alto misterio fué instituido para que de él participasen los cristianos, como de un alimento para la vida espiritual y eterna, quiso el Señor que todo lo que mantiene y conserva la vida del cuerpo, estuviese representado en aquel Sacramento, que mantiene y conserva la vida del alma; ahora bien, como para conservar la vida del cuerpo se requiere, no solamente pan que comer, sino tambien agua que beber, por lo que Jesucristo quiso que con esta divina institución tuviésemos comida y bebida: por lo cual dijo clara y terminantemente, sin parábolas ni figuras, para hacerse entender de todos: “Mi carne es una verdadera comida; y mi sangre es una verdadera bebida.” *Caro meum verè est cibus; et sanguis meus verè est potus.* (Joann. VI.)

9. Pero si ha sido tan conveniente, dirá alguno, la institución de este Sacramento bajo las dos especies, ¿por qué no se distribuye al común de los fieles sino solo bajo la especie de pan? El evangelista San Lucas dice que acabada la cena, tomó Jesus el pan, dió gracias, le partió y dió, diciendo: “Esto es mi Cuerpo, el cual se da por vosotros: haced esto en memoria mia.” Del mismo modo tomó el cáliz después que hubo cenado, diciendo: “Este cáliz, es la nueva alianza con mi sangre que se derramará por vosotros.” Notad bien, hijos míos, las palabras que acabó de citaros del Santo Evangelio. Cuando Jesucristo dice: “haced esto en memoria mia,” vierte sin duda un precepto obligatorio para el sacerdote y para los fieles. “Haced esto.” ¿Qué! lo que acababa de hacer Jesucristo, es decir: consagrar y distribuir su Cuerpo: he aquí la obliga-

cion del sacerdote. ¿A quién se había de distribuir? á los fieles. Luego si el sacerdote tenía un precepto para dar; los fieles, por el mismo hecho, tuvieron otro para recibir: pues claro es que el que manda que se dé, quiere que se reciba: en consecuencia, en la primera parte del sagrado texto se ve que el sacerdote recibió del mismo Cristo el divino poder de consagrar su Cuerpo, y la obligacion estrecha de hacerlo para distribuirle entre los fieles; y éstos á su turno, un precepto de participar de su Cuerpo para la vida eterna. Si pues, las palabras *haced esto* recayeron sobre la consagracion y distribución del Cuerpo, como acabáis de ver, y tanto, que ni aun era consagrado todavía el Cáliz, clarísimo es que Jesucristo Señor nuestro, no impuso ningun deber, ni á los sacerdotes de distribuir su preciosa Sangre bajo la especie de vino, ni á los fieles de recibirla. Esto, por otra parte, no tenía inconveniente ninguno para los altísimos designios del Salvador; pues contentándose en su Cuerpo su Sangre preciosa, quien comulga bajo la especie de pan, participa de uno y otra, come y bebe, se alimenta con la carne y satisface su sed con la sangre de Jesucristo. Ved aquí por qué, á pesar de las gravísimas razones que hai para la consagracion de las dos especies, no por esto inducen ellas necesidad ni obligacion de la comunión bajo ámbas.

10. ¿Por qué, pues, no habiendo necesidad ni obligacion de comulgar bajo ámbas especies, se distribuían ámbas á los fieles en el principio de la Iglesia? ¿Por qué, además de esto, subsiste aún hoy día en la santa Iglesia y ha subsistido siempre inalterable desde el tiempo de los apóstoles la costumbre de consagrar pan y vino? Voi á satisfacer, hijos míos, con la debida separacion á estos dos importantísimos reparos. En cuanto á lo primero, debéis fijaros en que una cosa es no tener obligacion, y otra muy diversa tener prohibicion de comulgar bajo ámbas especies. Jesucristo Señor nuestro, como lo acabáis de ver, no impuso tal obligacion. ¿Qué se sigue de aquí? que dejó intacta la libertad de su Iglesia para disponer á este propósito lo que mejor la pareciese. Siendo pues este punto de libertad plena para la santa Iglesia, ya comprenderéis que ni se puede extrañar que haya permitido en el principio á los simples fieles la comunión bajo ámbas especies, ni echar ménos su sabiduría en lo que despues mandó y acostumbó. En aquellos tiempos primitivos, en que las reuniones de los fieles eran poco numerosas, en que atendian inmediatamente los apóstoles á la distribución de los santos misterios, y el fervor era tan grande, ningun inconveniente había en otorgarles la superabundancia de gozo consiguiente á la distribución del Cuerpo y Sangre de Cristo bajo las especies de pan y vino. Mas despues, desde que la sociedad católica está repartida por todo el Universo y la administracion eclesiástica cuenta una escala dilatadísima en su ministerio, y se presentan dificultades del todo insuperables para que el comun de los fieles esté inmediatamente asistido de los obispos, y cuando por una consecuencia precisa de estas y otras muchas cosas que omito, sería en gran manera peligroso administrar el Sacramento bajo la especie de vino al comun de los fieles, es, no solo conveniente, sino en gran manera necesario, limitar la administracion comun de este divino Sacramento á solo la especie de pan, y tanto mas cuanto que, recibíendose el Cuerpo vivo de nuestro Señor Jesucristo por modo de comida, se participa igualmente de su Sangre, que corre por las venas de este Sagrado Cuerpo.

11. En cuanto al segundo reparo, es decir: al hecho de que siempre se consagra en el altar al tiempo de la Misa y se consume por el mismo sacerdote aquel Sacramento bajo ámbas especies, voi á daros la debida explicacion. Ya os he dicho, hermanos carísimos, y ahora os lo repito, que la Sagrada Eucaristía, es no solamente un sacramento de que los fieles participan, sino tambien un sacrificio incruento que renueva todos los dias en el altar el que hizo de su cuerpo y sangre para salvarnos el Redentor del mundo sobre la Cruz: ahora bien, como nuestro Señor Jesucristo quiso, no solamente quedar en la tierra sacramentado para servir de alimento á sus hijos, sino tambien perpetuar en su Iglesia íntegramente la memoria de su Pasion y muerte, impuso á los sacerdotes el deber, no de distribuir tambien á los fieles, sino de consagrar y consumir ellos en la Misa su preciosísima Sangre. Jesucristo en la noche de la Cena nos presentó dos cuadros en una misma accion: el del ministro que distribuye, y el del sacerdote que sacrifica, y quiso que ámbos quedasen instituidos perpetuamente en su Iglesia. Cuando tomó el pan ya consagrado y le parte y distribuye entre sus discípulos, hace lo mismo que un sacerdote cuando toma en sus manos el copon y va distribuyéndole entre todos los fieles que comulgan. Pero cuando Jesucristo, despues de esto, toma el cáliz, y le consagra, diciendo que es su sangre que ha de ser vertida por la salud del mundo, y la distribuye entre aquellos que acaban de recibir el sublime poder del sacerdocio, y añade, refiriéndose á la totalidad de la accion: "siempre que hiciéreis esto anunciaréis la muerte del Señor;" instituyó el Santo Sacrificio de nuestros altares, en el qual el sacerdote había de hacer lo mismo que hizo Jesucristo Señor nuestro en la noche de la Cena, es decir: ofrecer, consagrar, sacrificar, distribuir á los fieles el Cuerpo de Jesucristo, y consumir el tanto la Hostia como el Cáliz. Ved pues, hijos míos, cómo la Sagrada Eucaristía, que bajo la razon de Sacramento no exige la comunión en ámbas especies, la exige sí, estrechísimamente, é importa un deber para el sacerdocio en clase de sacrificio.

12. De los términos en que se explica el santo Evangelio, se collige otra cosa que debemos entender y creer de tan adorable Sacramento, y es, que el Cuerpo de Jesucristo está solo en muchas hostias lo mismo que en una sola; y todo en una sola particula, lo mismo que en la Hostia entera. Jesucristo consagró pan una sola vez, le dividió y distribuyó sin consagrarlo de nuevo, y sin embargo, cada uno de sus apóstoles recibió todo el Cuerpo de Jesucristo. Antes de dividirlo ¿qué había? el Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo en todo el pan. Dividido y distribuido entre sus discípulos, ¿qué había? el Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo en cada una de las partes que se iban distribuyendo. Pues de la misma manera, hijos míos, hai en el Tabernáculo un copon con mil formas: ¿qué hai allí? Un solo cuerpo de Jesucristo, un solo Jesucristo, y nada mas. Se presentan luego en la sagrada Mesa mil personas, entre las cuales se distribuyen mil sagradas formas. ¿Qué recibe cada persona? lo mismo, ni mas ni ménos, en cuanto á la substancia, que había en el copon, es decir: á todo y solo Jesucristo: porque el número mil de aquellas formas, lo mismo que su color, olor, figura, sabor, &c., no son mas que accidentes y especies; pues el mismo y único Jesucristo, que está en todas las formas del copon, se halla real y verdaderamente contenido en la que recibe cada

una de las mil personas. Figuráos ahora, no un copon con mil formas, sino una sola forma dividida en infinitas partículas; y os diré que sucede lo mismo: en cada partícula no hai mas ni ménos que en toda la forma ántes de dividirla: si en ésta estaba real y verdaderamente Jesucristo, lo mismo está en cada partícula; de manera que si todas esas partículas se distribuyesen, cada uno recibiría á Jesucristo. Lo mismo respectivamente habéis de decir del Sacramento bajo la especie de vino. Figuráos en la imaginación que un sacerdote, teniendo á la vista un depósito de vino propio para celebrar, pronunciasse sobre todo él las palabras de la consagración, y que toda esta cantidad se distribuyese en una muchedumbre extraordinaria de gotas; y os diré, que lo que hai en el Cáliz, por mui grande que sea, esto mismo hai en cada gota separada.

13. Mas no por esto hemos de decir que Jesucristo se multiplica, no; pues nunca hai muchos Jesucristos, sino uno solo. El mismo que encarnó, nació, vivió entre los hombres, murió por ellos, resucitó, subió á los cielos y está sentado á la diestra de su Padre, es el mismo que está en todos los altares del mundo bajo las especies de pan y vino, y se da en alimento á todas las personas que comulgan, desde su institucion hasta el fin de los siglos, sin multiplicarse ni dividirse. Tal es la fe católica; y en esto precisamente se halla lo mas inaccesible y venerable del misterio.

14. ¡Cómo se llama pues, me diréis, este acto de convertirse, por virtud de las palabras que el sacerdote dice en persona de Cristo, el pan en el cuerpo y el vino en la sangre de Su Majestad? Se llama, hijos míos, *Transubstanciación*; pues una sustancia que era, deja de ser; y por la virtud de las palabras que se pronuncian, deja de ser sustancia de pan, y pasa á ser sustancia del Cuerpo de Jesucristo. Por esto los concilios y especialmente el Tridentino, han condenado todos los errores contrarios. "Si alguno dijere, leemos en el Tridentino, que en el sacrosanto Sacramento de la Eucaristía queda la sustancia del pan y vino junto con el cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo, sea anatematizado." Habéis visto además, cómo los mismos términos en que habló el Señor, manifiestan que hai una verdadera transubstanciación, y por lo mismo no creo necesario detenerme á explicaros con mayor amplitud este punto. Mas, como en la Sagrada Eucaristía está, no solo el Cuerpo y la Sangre, sino tambien el Alma y Divinidad de Jesucristo, y como cada una de estas cosas está por diferente virtud, conviene mucho, y así nos lo encarga el Catecismo del Santo Concilio de Trento, que os explique cómo estas cosas están en la Sagrada Eucaristía, unas en fuerza de las palabras que el sacerdote pronuncia, y otras por mui diversos motivos. En fuerza de las palabras está lo que ellas dicen, y por otras causas existe cuanto necesariamente ha de haber en lo que está por las palabras. Voi á explicarme.

15. Toma el sacerdote el pan en sus manos; mientras no dice nada, aquello no es mas que pan; pero abre sus labios, y representándolo á Jesucristo, dice: "Este es mi cuerpo." ¡Qué enuncian las palabras? Lo acabáis de oír, el Cuerpo de Cristo. ¡Qué se infiere de aquí? Que solo el Cuerpo de Cristo está en fuerza de las palabras; pues lo único que ellas dicen es, "esto es mi cuerpo." Pero como anuncian el Cuerpo de Cristo en persona, de Cristo vivo, de Cristo tal como estaba en la noche de la Cena cuando tomando en sus manos el pan, dijo: "Esto es mi cuerpo;" el cuerpo que allí aparece, el

cuerpo que está en la Sagrada Eucaristía, el cuerpo en que se convierte el pan en virtud de las palabras misteriosas, es el Cuerpo vivo de Jesucristo. Luego, si en fuerza de las palabras del sacerdote solo está el Cuerpo, por lei de natural union hai otra cosa en la Eucaristía, hai aquello que necesariamente debe haber donde está el cuerpo vivo. ¡Qué hai en un cuerpo vivo? Una alma racional: luego en primer lugar, aunque por fuerza de las palabras solo está el cuerpo, por la union natural se halla tambien el alma: ¡Qué cosa es el cuerpo unido con el alma? El hombre: luego en la Eucaristía está un hombre. Ahora bien: ¿pueden separarse nunca las dos naturalezas que hai en Cristo, la naturaleza divina y la naturaleza humana? No, y mil veces no. ¡Por qué? Porque, aunque en Jesucristo hai dos naturalezas, no hai mas que una persona, y en consecuencia, donde está Cristo-Hombre, está Cristo-Dios; porque no es mas que un Cristo, Dios y Hombre verdadero. ¡Qué se infiere de aquí? Que si en fuerza de las palabras solo está el Cuerpo de Cristo en la Eucaristía; si por la union natural que un cuerpo vivo supone, solo está el alma unida con el cuerpo, es decir, el hombre; por la union hipostática de la humanidad con la divinidad en la Persona única del Verbo, está en la Eucaristía, no solo el cuerpo y alma de Cristo, sino tambien su divinidad. Véis pues, hijos míos, cómo y por qué se halla real y verdaderamente presente todo Jesucristo en la Sagrada Eucaristía: su cuerpo, su sangre, su alma y su divinidad bajo cualquiera de las dos especies, pan ó vino: aunque cada cosa esté por motivos diversos, todo está necesariamente, no puede dejar de estar. ¡Qué hai en la Eucaristía en fuerza de las palabras? El cuerpo de Cristo en la Hostia, la Sangre de Cristo en el Cáliz. ¡Qué hai por concomitancia inmediata y natural union? La sangre y alma en la Hostia, pues donde está el cuerpo vivo, está la sangre y el alma: el cuerpo y el alma en el Cáliz, pues donde está la sangre de Jesucristo vivo, está su cuerpo y está su alma. ¡Qué hai en la Eucaristía por union hipostática? La divinidad.

16. Habéis oído, hermanos carísimos, lo que nuestra Madre la santa Iglesia propone á nuestra fe y con su doctrina nos inculca sobre el origen, esencia, objeto y fin de la sacratísima Eucaristía; que ella fué instituida por el mismo Jesucristo Señor nuestro en la noche de la Cena, para perpetuar entre los hombres la memoria y representacion de su vida, Pasión y muerte, permanecer realmente con nosotros y servirnos con su Cuerpo y Sangre de alimento espiritual para la vida eterna: que comunicó á los sacerdotes la potestad altísima de consagrar su Cuerpo y Sangre bajo las especies de pan y vino: que ellos ejercen esta potestad, pronunciando en Persona de Cristo las mismas palabras que Su Majestad en aquella noche memorable: que cuando el sacerdote pronuncia en Persona de Cristo aquellas misteriosas palabras, el pan se convierte en el Cuerpo y el vino en la Sangre de nuestro Señor Jesucristo: que si bien es cierto que, aun despues de pronunciadas las palabras, nuestros sentidos continúan viendo pan y vino, esto no es mas que una apariencia; porque despues de las palabras dichas no queda ni pan en la Hostia ni vino en el Cáliz, sino solo sus meras especies y apariencias: que no hai mas sustancia en la Hostia, en fuerza de las palabras, que el Cuerpo de Cristo, ni hai mas sustancia en el Cáliz, en fuerza de las palabras, que la Sangre de Jesucristo: que por lo mismo hai en este acto misterioso una *transubstanciación* verdadera y propiamente di-

cha; pues la sustancia del pan se convierte en la sustancia del Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, y la sustancia del vino se convierte en la Sangre de nuestro Señor Jesucristo; que por todo lo dicho está Jesucristo real y verdaderamente contenido, real y verdaderamente presente, real y verdaderamente vivo en la Sagrada Eucaristía, tanto bajo la especie de pan como bajo la especie de vino: que aunque en fuerza de las palabras no hai en la Hostia mas que el Cuerpo de Cristo; por otras razones está igualmente, sin que pueda dejar de estar, su Sangre, Alma y Divinidad; su sangre y alma, pues donde hai cuerpo vivo, hai sangre que circula y alma que anima al cuerpo; y su divinidad, por la union hipostática que une á ella desde la Encarnacion esencialmente la humanidad; porque no hai mas que una Persona que es Cristo, y este Cristo es Hombre y Dios; que así tambien, aunque por fuerza de las palabras solo está en el Cáliz la Sangre de nuestro Señor Jesucristo; por union natural está el cuerpo y tambien el alma, y por union hipostática está la divinidad; que lo mismo se recibe sustancialmente comulgando bajo una sola de las dos especies, que bajo una y otra; de manera que el sacerdote, consumiendo la Hostia y el Cáliz, recibe lo mismo que cualquiera de los fieles con solo la especie de pan: que lo mismo que está Jesucristo en toda la Hostia, está en cada una de sus partículas por mínimas que sean, sin que por esto se divida Jesucristo, ni haya muchos; de manera que es uno mismo y solo Jesucristo el que nació y vivió entre los hombres, el que resucitó y subió á los cielos, el que está en todo el mundo en la Sagrada Eucaristía, el que recibe el sacerdote bajo ambas especies, y el que recibe cada uno de los fieles que comulgan, sin que por estar en la tierra deje de estar en el cielo, ni por estar en un altar deje de estar en todos, ni por entrar en el pecho de cada fiel que comulga, deje de estar Jesucristo en el sagrado Depósito del altar. Tal es el misterio altísimo, angusto, santo é impenetrable que la fe cree y confiesa en la Sagrada Eucaristía; y esto es lo que acerca de ella debemos creer y entender, segun lo instituido por Jesucristo y enseñado por su Iglesia. Veamos ahora cómo este misterio divino, sin perder su carácter propio, ni las majestuosas tinieblas que cubren su fondo, tiene una luz extrínseca bastante para convencerse de su institucion primitiva, de su origen divino, de su perpetuidad constante, y garantir con una demostracion católica el tributo de nuestra fe.

II.

17. Si: por mucho que choque á nuestros sentidos y limitada inteligencia este divino arcano, rodeado por todas partes de una santa oscuridad, no por esto, hijos míos, debe disminuirse ni debilitarse nuestra creencia, ni mucho ménos faltar del todo; sino al contrario, debemos ser tanto mas fieles en venerar tan alto misterio cuanto ménos capaces nos sentimos de comprenderle. En efecto: así debe ser, no solamente por el derecho que tiene de ligar con sus preceptos nuestra misma razon el Autor de la naturaleza, sino porque la razon misma, guiada por una luz externa, tiene sobre la existencia real de este dogma divino todo el apoyo de la certidumbre. Ya os he dicho que nuestra fe tiene dos caracteres: el de una oscuridad impenetrable en su fondo, y el de una claridad perfecta en sus motivos: os he dicho tambien lo que nos exige la fe sobre tan

gran misterio, y habéis visto que todo en él es inaccesible á la razon humana. Ved ahora lo que nos dice la razon.

18. No os hablaré, hijos míos, de la gran prueba que se deduce á las profecías y del fondo mismo del culto figurativo y preparatorio del pueblo escogido: no os hablaré de aquellos siervos del Señor á quien miraba en espíritu Isaías comiendo y manifestando su gratitud con cánticos de alabanza y regocijo: no os hablaré de aquella comida que mucho tiempo ántes de Isaías habia llenado de admiracion al Profeta Rei, considerándola como un alimento dispuesto por Dios para los que le tomen, en el cual depositaria el recuerdo de sus mas grandes prodigios: no os hablaré de aquel pasto de los escogidos, de aquel vino que engendra vírgenes, que encendia en los mas vivos afectos el pecho de Zacarías: no os hablaré del magnífico significado que aplazaba para el porvenir aquel Maná misterioso que bajaba del cielo para servir de alimento á los israelitas en el desierto: no presentaré á vuestra vista con el dedo de Juan y su inspirada voz, señalandoos este divino pan, al Cordero de Dios que quita los pecados del mundo, como la realidad sublime de aquel Cordero figurativo que el sacerdote sacrificaba para celebrar la Pascua: no mostraré al gran Melquisedec con su sacrificio de pan y vino, figurando mas distintamente al Eterno sacerdote de la nueva alianza, sacrificando su Cuerpo y Sangre para instituir el verdadero sacrificio que él anunciaba. Callaré estos oráculos; pasaré en silencio estas representaciones proféticas, que traídas á la comparacion con la historia de la Eucaristía, despiden bastante luz para producir la conviccion mas profunda en el entendimiento: porque sujeto á muy estrechos límites, debo preferir aquellos argumentos mas directos de que se sirve la ciencia teológica para demostrar este misterio. Os le manifestaré instituido y explicado por el mismo Jesucristo, predicado por los apóstoles, enseñado por los padres, sostenido por la autoridad de la Iglesia, trasmitido sin interrupcion la mas mínima por la mas autorizada tradicion y consagrado por la fe de todo el Universo católico.

19. Sabemos evidentemente que Jesucristo es Dios, pues hai pruebas evidentes de esta verdad en el orden mismo de la naturaleza: sabemos con la misma claridad que Dios es infinitamente sabio é infinitamente veraz, es decir: que lo sabe todo, que no puede padecer error ó engaño sobre nada, ni es capaz de engañar en lo que dice: todo esto nos lo asegura la razon. Luego si sabemos con toda certeza que Jesucristo instituyó este Sacramento y reveló acerca de él cuanto la Iglesia propone á nuestra fe, nada importan, por cierto, nuestra oscuridad, nuestra limitacion, nuestra incapacidad para comprender aquello; pues el solo estar ciertos de que existe, nos basta para creer con seguridad. Pues bien: habéis oido al mismo Jesucristo: sus palabras claras, naturales, directas, absolutas, intergiversables; nada de parábolas, nada de figuras, nada de simples analogías. Si despues de lo dicho por el Señor, alguno cavilla, duda, interpreta para destruir el dogma, es preciso convenir que viene por tierra todo el Evangelio, toda la Santa Escritura, toda verdad y doctrina; pues nada es tan expreso, ni aun el misterio de la Santísima Trinidad, en las Sagradas Letras, como el dogma de la Sagrada Encarnacion. "Tomad y comed, esto es mi cuerpo: tomad y bebed: este cáliz es la nueva alianza con mi sangre, que se derramará.—Mi carne es verdadera

“comida, mi sangre verdadera bebida.—Yo soi el pan vivo que he descendido “del cielo. Quien comiere de este pan vivirá eternamente.” ¡Qué conceptos tan explícitos! ¡Qué revelaciones tan manifiestas! ¡Qué ideas tan precisas! Pero todavía el Señor va mas adelante: quiere remover hasta el último pretexto para la vacilacion, y se adelanta por lo mismo á decir en qué sentido habla, cuando se manifiesta como el pan vivo, y promete á los que le comen, la vida eterna: oídle: “El pan que yo daré, dice inmediatamente despues, es mi misma carne.” ¿Podia desearse una cosa mas clara? No, por cierto: pues sin embargo, hijos míos, admiraos, rendíos aquí á la prevision infinita de aquel Maestro divino. Prevee las herejías que habian de suscitarse contra este dogma sagrado, el aire de triunfo con que le habian de combatir los espíritus orgullosos con la sabiduría de este mundo, y queriendo desarmar desde entónces á todos sus enemigos con un elocuente silencio, permitió que se le objetase entónces por los judíos de la manera mas obstinada. Como estos hubiesen escuchado lo que acabáis de oír, “comenzaron entónces, dice San Juan, á altercar unos con otros, diciendo: ¿Cómo puede “éste darnos á comer su carne?” Ved pues lo mas fuerte que ha podido decirse contra el dogma en la énfasis comprensiva de esta tan grave objecion. ¿Y qué responde Jesucristo? ¿Se desentiende de aquello? no; porque es altamente celoso de la verdad, y tanto, que vino expresamente al mundo para darla testimonio. ¿Desconoce la fuerza de la objecion? ¡Imposible! pues para ello no es necesario ser Dios, y basta el sentido comun. ¿Quiere dejar á los espíritus fluctuando en el agitado piélago de la duda? Tampoco: su intento es que todos conozcan la verdad, vivan de la fe y aprovechen su sacrificio. ¡Calla, empero, contento con lo que acababa de decir! Méenos, pues esto hubiera sido dejar una arma insistida en las manos de la herejía ó incredulidad: no calla, sino ántes bien, habla, y no como quiera, sino claro y fuerte. ¿Y qué dice? ¿Pone tan alto misterio al nivel de la razon? No; porque entónces dejaría de ser misterio, sería necesario cambiar la naturaleza humana y destruir el merecimiento. ¿Qué hace pues? Insiste en lo que ha dicho: robustece sus explicaciones, promete á la fe y participio de este misterio la vida eterna, y amenaza con la muerte perdurable á los que no participaren, y por tanto á los que no creyeren. Oid pues su respuesta: “En verdad, en verdad os digo, “que si no comiereis la carne del Hijo del hombre, y no bebiereis su sangre, no tendréis “vida en vosotros. Quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le “resucitaré en el último dia. Porque mi carne verdaderamente es comida, y mi sangre “verdaderamente es bebida. Quien come mi carne y bebe mi sangre, en mi hora y yo “en él.” ¡Véis, hijos míos, toda la claridad y toda la fuerza de estas palabras de Jesucristo? ¿Sería posible, ni cosa mas expresa, ni enunciacion mas precisa, ni sentido mas obvio? Nada dejó por decir, nada por explicar, nada por defender aquel divino Maestro á propósito de tan alto misterio. Los herejes no harían mas que repetir bajo diversas formas la objecion de los judíos. La Iglesia católica en sus concilios, en su antigua tradicion, en la voz de sus doctores y por la de sus ministros no haría otra cosa en su tanto que predicar bajo diversas formas la misma leccion de Jesucristo.

20. Por esto vemos inculcada esta doctrina constante y universalmente por la autoridad de la Iglesia, el magisterio de sus doctores y la palabra de sus ministros

desde el tiempo de los apóstoles. San Pablo en el capítulo X, v. 16 de la primera epístola que dirigió á los fieles de Corinto, les decia: “El cáliz de bendiccion que “nosotros bendecimos, ¿no es comunicacion de la Sangre de Cristo? Y el pan que partimos ¿no es participacion del Cuerpo del Señor?” Esto es tan expreso, hijos míos, como no podia serlo mas; pero aquel celosísimo evangelizador de la palabra eterna, aquel Pablo, cuya prevision verdaderamente inspirada, parecia estimularle de continuo á no dejar ni aun la menor brecha por donde pudiera introducirse la cavilacion de los herejes é incrédulos para minar el edificio de la fe, no quedó satisfecho con esto, sino que, procede á explicar el dogma, inculcando al mismo tiempo la moral sublime de este divino Sacramento relativamente á los hombres. “Yo recibí del Señor lo que tambien os “enseñé á vosotros, dice; que el Señor Jesus, en la noche en que fué entregado, tomó el “pan, y dando gracias, lo partió y dijo: “Tomad y comed, este es mi cuerpo, que será “entregado por vosotros; haced esto en memoria de mí.” “Así mismo tomó el cáliz, despues de haber cenado, diciendo: “Este Cáliz es el Nuevo Testamento en mi Sangre. “Haced esto cuantas veces lo bebiereis, en memoria de mí. Porque cuantas veces comiereis “este pan y bebiereis este Cáliz, anunciardis la muerte del Señor hasta que venga.”

21. He aquí, amados hijos, el dogma de la Eucaristía expuesto por el Apóstol en su mas plena integridad. Invoca la historia de su institucion, como lo estáis viendo, y añade una circunstancia muy notable, cual es el de una inspiracion particular que acerca de esto mismo dice haber recibido del Señor. “*Ego enim accepi á Domino quod et tradidi vobis.*” Aquí está el origen divino, la materia y forma, el objeto y fin de la Santa Eucaristía, y tambien su perpetuidad en la Iglesia católica; pues no pone Jesucristo á la duracion de este misterio mas plazo que su segunda venida, es decir: mas plazo que el fin del tiempo y consumacion de los siglos. Con estas luces tan espléndidas que derrama sobre el entendimiento, se abre paso aquel Doctor incomparable al corazón de sus oyentes, para que la fe de tan alto sacrificio, siempre acompañada de las obras, tenga una vida plena en el hombre moral. Apresúrase pues á deducir del dogma sus consecuencias prácticas en los siguientes conceptos que inmediatamente añade: “Por tanto, “pruébese el hombre á sí mismo: y así coma de aquel pan y beba del Cáliz. Porque el “que come y bebe indignamente, come y bebe su propio juicio: no haciendo discernimiento del Cuerpo del Señor.” Esta leccion moral es tan significativa para la demostracion, cual se pudiera apetecer al dar la prueba fundada en la doctrina expresa de los apóstoles: muestra como un delito digno de condenacion eterna la participacion indigna de este pan y de este vino, y caracterizando el delito para que se comprenda su gravedad suma, dice que el que le cometa, será reo del Cuerpo y de la Sangre del Señor. ¿Queréis cosa mas expresa? La misma prueba que el Apóstol exige haga el hombre por sí mismo para poder participar de este pan y de este vino; aquel exquisito, delicado y escrupuloso discernimiento que cada uno ha de hacer de su conciencia propia, ¿no está manifestando claramente que se trata, no de una representacion ó símbolo, no de una ceremonia, no de un homenaje de culto, sino del verdadero Cuerpo y de la verdadera Sangre de Jesucristo? “El que come y bebe indignamente, dice el Apóstol, “come y bebe su propio juicio, porque no discierne el Cuerpo del Señor.” ¡Qué sentencía!

¡qué pena! ¡qué causa tan perfectamente caracterizada! ¡qué energía tan suprema de expresión esta de comer y beber su propio juicio! ¡qué horror atrae hacia el débil una palabra que le muestra en su más torpe ceguera, cual es no discernir el Cuerpo del Señor! Ved pues, hijos míos, cuál es la doctrina de los apóstoles acerca de tan augusto misterio.

22. Si de aquí pasamos, á consultar los oráculos de los Santos Padres, de estas antorchas esclarecidas de la doctrina y robustas columnas de la Iglesia, encontramos la misma profesión. En el siglo primero, San Ignacio y San Dionisio se explican con toda claridad. "Todo lo que yo apetezco, decía aquel, es el pan de Dios, el pan celestial, que no es otra cosa que la carne de Jesucristo." Hablando el segundo con el Venerable Sacramento, lleno de humildad, de amor y de fe, le pide poder para conocer y descoubrir la Majestad Augusta del Señor por entre los misteriosos velos con que plugo á su sabiduría ocultarse en la tierra.

23. Tomemos del siguiente siglo dos testimonios igualmente ilustres. "Como nosotros sabemos, decía San Justino, que Jesucristo nuestro Salvador se revisió de carne y sangre para nuestra salvación; por lo mismo creemos que el pan y el vino, mediante las palabras de la consagración, se convierten en la carne y sangre de Jesucristo." San Ireneo, tomando diverso rumbo, enuncia la misma creencia: dirígese á la fe común de la presencia real de Cristo en la Eucaristía, y concluye de aquí rectamente su divinidad, porque solo un Dios podía cambiar el pan en su cuerpo. En el siglo tercero nos dan el mismo testimonio de este dogma Orígenes y San Cipriano: el primero, presentando al pueblo el ejemplo del Centurion como un modelo de abnegación completa y humildad profunda, quiere que exclamen á su turno que no son dignos de que éntre en su pecho y les honre con su divina presencia: y el segundo, comparando este misterio con el de la Encarnación, dice, que así como en ésta la naturaleza divina está como sepultada y oculta bajo los velos de la naturaleza humana, del mismo modo en la Eucaristía, aunque realmente está la Carne, Sangre, Alma y Divinidad de Jesucristo, se hallan de tal suerte cubiertas con las débiles apariencias, que no se ve, sino únicamente con la luz de la fe, cuanto éstas encierran de grande.

24. "Yo no quiero, decía San Hilario en el siglo cuarto, que os engañéis con las apariencias: creed certísimamente que lo que os parece pan, no es pan, sino el cuerpo mismo de Jesucristo." En el mismo siglo decía San Ambrosio: "Confieso que el pan no era sino pan antes de las palabras del Sacramento; pero luego, despues de la consagración, creo y confieso que es el cuerpo y la carne de Jesucristo. Oigamos á dos Padres del siglo quinto: San Juan Crisóstomo y San Agustín. ¡Qué decía el primero, en sus homilias al pueblo sobre el Evangelio, explicando este dogma? "Querriais ver á Jesucristo en la Eucaristía; y se os concede, no solo verle, sino tocarle: ¡qué digo! se incorpora con nosotros, y le recibimos, no solo con la fe, sino real y verdaderamente." Explicando San Agustín aquellas palabras del Salmo XXVII "que un hombre era llevado por sus propias manos," dice que esto sucedió precisamente en la noche de la Cena, "pues teniendo Jesucristo su cuerpo en sus manos, se llevaba á sí mismo."

25. ¡Qué os diré, amados hijos, de las pruebas fundadas en la autoridad de la san-

ta Iglesia? constantemente ha inculcado esta misma doctrina, ya definiendo el dogma, ya condenando por el órgano de sus concilios las herejías que le son contrarias. Sería necesario ciertamente dar á este discurso una latitud prodigiosa para emprender y llevar á cabo la tarea de esta demostración canónica, monumental y eminentemente histórica. La Iglesia católica siempre ha inculcado esta doctrina, siempre ha definido este dogma, y bastaría para convencerse de ello recorrer algunos de sus monumentos canónicos. Habéis visto la doctrina de los apóstoles, la de los antiguos Padres hasta el siglo V: habéis oído asimismo la decisión dogmática del santo concilio de Trento, y esto basta para excusarme de proponeros otras muchas pruebas. ¿Pero cuál otra más visible, más palpable, que la fe constante y perpetua de todo el Universo católico? Abrid la historia; recorred los fastos del cristianismo: ved al Evangelio iniciar y proseguir su gloriosa carrera con toda la magestad de un Dios; ved esa Cruz de madera que levantándose como el símbolo de la verdad, de la fortaleza y de la unidad católica, guía por donde quiera los pasos del Apóstol, y sostiene por espacio de tres siglos el nobilísimo esfuerzo de la milicia del Calvario. ¿Véis todo esto, hijos míos? Pues ved también, que tal es mi propósito, al Misterio de la Eucaristía salir del Cenáculo anticipando primero y perpetuando despues en los altares el gran misterio de nuestra redención; consagrando el culto de plenitud con la Presencia real de la víctima que murió en ella; distribuyendo sin fin, como un manantial sus aguas y sin agotarse en su fondo, los tesoros inmensos de luces, sentimientos y gracias de todo género que quedaron vinculados en la Cruz; andando la misma y santa carrera que el Código cristiano y los ministros que le promulgan. Tras una conquista de la fe va la santificación que instituye Cristo con su Cuerpo y Sangre. El Apóstol despliega sus labios y ostenta juntamente con la doctrina el divino poder del Crucificado: los pueblos y los reyes, cayendo á sus piés, pronuncian una palabra de rendición absoluta que corona el triunfo de la fe. *Creo*: he aquí la palabra; y la Iglesia entónces realiza el esplendor de sus triunfos, mostrando á la vista de los pueblos convertidos al Rey Supremo de los cielos y de la tierra en la radiante Eucaristía; tomando en sus manos este Pan de los ángeles, y diciéndoles con el doble tono de la autoridad y la ternura: "Tomad y comed: es el Cuerpo de Jesucristo vivo, de Jesucristo Dios y Hombre verdadero; es el mismo que desató vuestras cadenas, renovó vuestra alianza, refrendó vuestros títulos perdidos, os abrió el cielo, instituyó la virtud, ennobleció la naturaleza y trajo al mundo la vida de la gracia. Vedle y no solo para adorarle, sino para recibirle en vuestros labios como alimento y bebida, colocarle en vuestros pechos, identificáros en cierto modo con él: comedle; pues quien le come y bebe, permanece en Cristo y Cristo permanece en él. Este cuadro, hijos míos, aparece donde quiera que camina el Evangelio con su estandarte, donde quiera que la palabra *creo* anuncia la presencia de los verdaderos cristianos, Jesucristo con su Cuerpo y con su Sangre recompensa liberalísimo y pródigo el tributo de la fe. Ved pues, la Eucaristía, siempre existente, siempre confesada, siempre creída, siempre adorada: vedla donde quiera, vedla constantemente, vedla reunir al pié de su trono cuanto la humanidad presenta de más notable en fuerza, lustre y santidad.

26. Sí, amados hijos, os diré para concluir este punto con uno de los predicadores

mas distinguidos de nuestros días: "desde el origen de la Iglesia, el Dios de la Eucaristía derramó sobre los fieles gracias de inocencia y heroísmo. El era quien con su presencia santificaba las primitivas agapas; él quien con su carne sagrada fortificaba para el martirio á los cristianos que había alimentado; él, quien se inmolaba en el santuario de los templos subterráneos, en donde por espacio de trescientos años tuvo que esconder su culto; él es quien recibía los incienso que la mano del solitario hacia humear en los desiertos sorprendidos."

27. "Si á medida que el Evangelio extiende sus conquistas, toda rodilla se dobla al nombre del Señor Jesucristo, y sobre todo á los pies de sus formidables misterios las frentes se humillan. No hai un templo levantado en gloria suya que no esté consagrado por la oblation única de su divino Cuerpo y de su preciosa Sangre; no hai una litúrgia establecida en la Iglesia, cuyo centro y principal objeto no sea la Eucaristía."

28. "Durante mas de mil años, la Iglesia vive en paz en la fe del santo altar, sin que ninguna voz de contradiccion se haga oír distintamente. Solo Berenger en el siglo xi, se atrevió á proferir una palabra de blasfemia; pero derribado al instante por tres concilios, la tentativa del novador se apagó como una conspiracion abortada que rechaza el espíritu público."

29. "Entónces, como en tiempo de los Arrios, de los Nestorios y de los Eutiches, la Iglesia convoca de todas las partes del mundo los divinos defensores de su fe. Al momento una voz clara y firme, repetida de silla en silla por todos los obispos católicos, proclama en todo el mundo el anatema pronunciado en Trento por el concilio general contra los detractores del dogma eucarístico; la Iglesia de Oriente, á pesar de sus lamentables disidencias, se declara unánimemente sobre este punto en armonía perfecta con todas las iglesias occidentales; la heregía queda desenmascarada, convencida, confundida; la Iglesia justamente alarmada estrecha mas contra su seno el objeto adorable y sagrado de su amor, y el culto de la Eucaristía se hace mas glorioso, mas unánime, mas dilatado que nunca."

30. "He aquí lo que se ha pasado en la Iglesia desde su origen; he aquí como Dios ha dado al dogma eucarístico esa perpetuidad venerable y esa unidad maravillosa que son el carácter exclusivo de sus obras."

31. "¿Qué se ha pasado, por el contrario, entre los adversarios de nuestra Eucaristía? ¿Se encuentra en ellos algo de esta antigüedad que consolida y de esta firmeza indispensable? No, no hermanos míos, no se encuentra en ellos nada que se le parezca: las opiniones anti-eucarísticas han nacido hace poco; todos nosotros conocemos la época precisa de su nacimiento, y desde que nació ha flotado sin cesar á todo viento de doctrina, de tal suerte que ni sus sectarios ni sus predicantes pueden acercarse ni entenderse."

32. Ved pues, hermanos é hijos carísimos, cómo este angusto misterio, sin embargo de los velos tenebrosos que nos ocultan su fondo, despide una luz inmensa que basta para dar al tributo de nuestra fe aquel carácter eminentemente racional con que la presenta en sus escritos el Apóstol de las gentes. Ved cuánto pesa en la balanza fiel de la

crítica mas severa esta demostracion católica, deducida, no solo del Santo Evangelio y enseñanza de sus primeros maestros, sino tambien del unánime sentir de todos los Santos Padres, de la autoridad suprema de la Iglesia, de la mas constante y universal tradición, la mas firme perpetuidad y el ascenso de la razon católica en todos los países y en todos los siglos; y admirad la bondad infinita de Jesucristo, no solo en el hecho de habernos enriquecido con tan alto Sacramento, sino tambien con haber hablado por sí mismo y derramado tanta luz exterior, para que la duda no viniese á querer arrebatarnos este divino tesoro, esta fuente de luz y de verdad, esta grandeza incomparable que tanto realza la magnificencia de su reinado en el mundo.

33. "¿Qué dignidad tan grande tiene la santa Iglesia de la tierra con poseer al mismo Dios-Hombre en persona en la Sagrada Eucaristía! Este divino tesoro basta ciertamente para que sea la tierra un verdadero trasunto de los cielos. Nada tienen éstos de mas grande, ni pueden tener tampoco; porque la esencia de la felicidad eterna, la perdurable dicha de los justos consiste precisamente en el mismo Dios; y nosotros poseemos á Dios, supuesto que es Dios y hombre verdadero quien personalmente mora en el Altar del Santuario."

34. "¡Y qué riqueza la nuestra con poseer este adorable misterio! Nos acercamos al altar, y estamos segurísimos, mas que pudiéramos estarlo con lo que vemos y tocamos, de que allí reside personalmente la Magestad eterna de un Dios, que nos oye, y recoge nuestras lágrimas, y atiende á nuestras súplicas! ¿Qué felicidad la nuestra el que haya querido ser nuestro alimento y nutrirnos con su Cuerpo, y hacernos carne de su Carne, sangre de su Sangre, hueso de sus huesos, vida de su vida y santuario de su Divinidad! ¿Qué torrente tan inagotable de gracias no se precipita sobre toda la humanidad por la participacion de este Sacramento! ¿Cuánto se purifica y engrandece el alma feliz de quien dignamente le recibe! ¿Qué puede apetecer ella poseyendo á Jesus? ¿Estaba en tinieblas! Disipáranse al instante, porque es la Luz del mundo. ¿Luchaba con la ignorancia? No la tendrá ya, pues posee á la Sabiduría increada. ¿Tiene hambre y sed de lúces, de gracias, de virtudes, afectos, &c. &c.? El es comida y bebida verdadera. ¿Está enfermo? Es la medicina de la inmortalidad. ¿Está atribulado? Porta dentro de sí al Divino Triunfador de la muerte y del infierno. Verdad es que quien participa indignamente de este Pan divino, "come y bebe su juicio," como dice San Pablo; pero lo es asimismo, que quien le recibe como debe, todo lo encuentra en aquel tesoro: luz para el entendimiento, fuerza para la voluntad, pureza para el espíritu, preservativo contra el pecado, incremento de gracia, progresos de virtudes, toda la luz de la fe, todo el apoyo de la esperanza, todos los consuelos de la piedad y todas las delicias del amor."

35. "¡Ah, hijos míos! si en vez de divagarnos en esas brillantes quimeras con que nos fascina este mundo; si en vez de engolfarnos en la vida de los sentidos del cuerpo; si en vez de pasear el pensamiento por la vana ciencia del siglo; si en vez de andar mendigando con el corazón afectos, ó resistentes, ó estériles, ó precarios en las criaturas, viniésemos todos á reconcentrarnos al pie de ese Trono de invisible gloria, que consagra con su presencia el Rei Supremo de los cielos y de la tierra, diésemos á tan santo mis-

terio los tributos de una fe pura y constante, y volásemos en las alas de un deseo vivísimo y al impulso de un amor ardiente á este sagrado convite; si nos dedicásemos todos á merecer cuanto cabe, con nuestra solícitud, vigilancia, ruegos y preparaciones de todo género, el ser nutridos con este alimento divino, la felicidad rebosaría en nuestras almas, y la gloria de la eternidad se nos anticiparía en cierto modo dentro de las riberas del tiempo; seríamos ángeles de luz, sabios de Cristo, esforzados campeones de su milicia, ornamentos ilustres de su Iglesia, vasos preciosos de su gracia, templos angostos de su espíritu, objetos constantes de sus complacencias, miembros dignos de su Cuerpo místico y una especie de repeticiones suyas en la tierra. Sed pues, hijos carísimos, adoradores en espíritu y en verdad y participantes dignos de este Divino Misterio: buscad este alimento, el único de vida eterna, esta bebida que hace correr por nuestras venas la Sangre de Cristo, este vino que engendra vírgenes: aprestaos á la regalada Mesa donde se distribuye á los hombres el Pan de los ángeles: acudid á esta fuente que riega con sus aguas y fecunda el campo de las virtudes: desprendéos de ese órden miserable y rastrero de los sentidos y del mundo, para estar de pié, con la dignidad que comunica la percepción de este Sacramento, en la casa de vuestro Dios: venid á su Tabernáculo, que en él os espera y para él os convida. Si el peso de las tribulaciones de la vida, de los combates del espíritu, de las debilidades de la naturaleza os acongoja y parece rendiros, no desmayéis, que él es la fuerza; no sucumbáis, que él es la vida; no desesperéis, que ya tiende sus manos para descargaros del penoso yugo y aliviaros del insoportable peso. "Venid á mí, os dice desde sus altares, venid á mí los que trabajáis "y estáis cargados, que yo os aliviaré." ¡Oh lenguaje admirable de la caridad de un Dios! ¡Oh palabras de inefable dulzura! ¡Oh generosidad estupenda del amor divino! Venid. ¿Quién os llama? Jesús, el Hombre-Dios. ¿Para dónde os cita? Para su Tabernáculo angosto, donde os espera. "Venid á mí." ¿Con qué motivo? Con el del yugo que os esclaviza, las cadenas que os entranan, los trabajos y tribulaciones que os oprimen: "Venid á mí los que trabajáis y estáis cargados." ¡Y para qué os llama? Para disipar vuestras tinieblas, destruir vuestra ignorancia, revestiros de fortaleza, aliviar vuestras miserias, remediar vuestras necesidades y enriqueceros con sus gracias: "Yo os aliviaré." Ea pues, hijos míos, escuchad esta voz, venid á este llamado, aceptad este convite, libráos de vuestras desgracias, asíos de la virtud, conquistad la santidad; y entónces acabarán vuestras penas, cesarán vuestras alarmas, se disiparán vuestras ilusiones, viviréis con la vida del amor, tendréis la muerte de los justos, y volaréis á incorporaros en el cielo en el dichoso número de los escogidos.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

VIGESIMOACTAVA INSTRUCCION.

SOBRE EL CUARTO ARTICULO DEL OREDO.—O SEA
EXPLICACION DOCTRINAL DEL SENTIDO DE CADA UNO DE SUS TERMINOS ENUNCIATIVOS

Unus enim Deus Mediator, unus Mediator et hominum, homo Christus Jesus, qui dedit redemptionem semetipsum pro omnibus.

No hai mas que un Dios, y un Medianero entre Dios y los hombres. Jesucristo Hombre que se entregó para ser el precio de la redencion de todos.

I. Ad. Tim. Cap. II, v. 5 y 6.

1 NUESTRA santa Madre la Iglesia, señalándonos en la cumbre del Calvario á Jesucristo vida nuestra clavado y muerto en una cruz, nos le manifiesta con toda la autoridad de su magisterio divino como el Mesías verdadero, que ha consumado ya la mision que le trajo á la tierra; como el Sacerdote Eterno, que acaba de ofrecer al culto del Señor el único sacrificio digno de Su Majestad; como la Víctima de precio infinito, que inmolada en aquel patíbulo de ignominia, dejaba superabundantemente pagada la deuda de todos los hombres, satisfecha la justicia divina y expedita, ya toda la misericordia de un Dios, pendiente de este sacrificio para inundar la tierra en un torrente de gracia. Tal es Jesucristo en su Pasion, tal nos le presentan á un mismo tiempo la fe, la historia y la doctrina. Colocado entre Dios y el hombre, viene á ser el único vínculo posible para estrechar de nuevo á la Divinidad con humanidad despues de la primera culpa; y por esto el apóstol San Pablo, volviendo una mirada reflexiva sobre la historia y las causas del rompimiento del hombre con su Dios y la necesidad estrechísima de un Me-